

yo misma no me oía: conforme iba saliendo el sonido de mis labios, la ráfaga se le iba llevando; tenía tal fuerza que me doblaba los párpados hacia dentro de los ojos.

Por otra parte, aquel viento levantaba tales torbellinos de nieve, dejándolos caer en seguida, que el cielo, la tierra, el aire, la luz, la nieve, estaban confundidos, y no formaban más que un solo elemento, medio trasparente, medio tenebroso, medio sofocante, medio respirable, por entre el cual me adelantaba con los brazos estendidos hacia adelante, como cuando voy al granero, ó á la cueva, sin luz y á tientas.

Por instantes se iba cerrando la noche y yo no me atrevia á dar un paso por temor de caer en los precipicios; en aquel trance me senté sobre la nieve que el viento amontonaba cada vez mas al rededor de mí, subiendo del modo que dicen que la marea sube insensiblemente sobre la arena del mar, para cubrir á los hombres que no se han vuelto á tiempo á tierra. Yo aguardaba mi hora postrera rezando en silencio. No me atemorizaba la muerte; pero la idea de ser desenterrada de allí al dia siguiente por los lobos, y de que éstos destrozaran mi ropa y esparciesen por las veredas mis pobres miembros para que los viese todo el que pasase, me horro- rizaba. Pues á pesar de todo me entró sueño, y de cuando en cuando no podia evitar que mi cabeza cayese sobre la nieve como sobre una almohada. Pero en aquel momento el frio de la lluvia, mezclada con la nieve que me caia sobre la frente, me despavilaba y me obligaba á ponerme en pié, diciéndome:

¿En dónde estás?

CI.

¡Ah! muy cerca de donde me darian socorro; pero el viento, el ruido, eran tan fuertes, y la noche tan oscura, que no permitian se me viese ni oyese. Ademas hacia ya tiempo que no gritaba. El viento del Sur se habia calmado un poco, la nieve parecia sentirse tibia, como que se derretia sobre mí, las nubes no

corrian ya tan bajas ni tan de prisa, por entre ellas se principiaban á ver grandes espacios azules y negros en el cielo, manifestándose tambien estrellas que parecian correr llamadas por Dios, así como cuando yo llamo á mis gallinas, y ellas corren á ver si les echo el grano. Pero cuando ocurría esto, la noche se hallaba ya muy avanzada; pareceme que serian entre dos y tres de la madrugada. Habia tiritado, rezado ó soñado sin advertirlo, casi la mitad de aquella noche. ¡Ah, qué noche! Pero tranquilizaos, voy á contaros cómo acabó todo.

CII.

Al irme á levantar tuve que hacerlo sobre las piernas, que se me habian hinchado, y sobre los piés que no sentía de puro helados. No veia nada, todo estaba oscuro; cuando de repente oigo cerca de mí el mugido de una vaca, y en seguida el canto de un gallo dormido, que debía estar soñando, ó que habia confundido la luz de alguna estrella con el primer rayo de la aurora.

Me es imposible manifestar lo que sentí al oír á la vaca y al gallo. Mi pensamiento fué: «¡Allí hay hombres!» Creí que me sacaban de lo profundo de un río á donde me hubiera sumergido, y que me colocaban en el palacio y en la cama de una reina. La alegría me hizo caer en tierra, luego me volví á levantar para hincarme de rodillas y dar gracias á Dios, y otra vez apliqué el oído. El gallo cantó otra vez como si quisiera llamarme, y la vaca dió otro mugido, aunque mas débil que el primero. Fui adelantándome con cuidado, hasta que muy pronto percibí una mancha negra de abetos en la falda de una colina, y la sombra de una casa y de una alquería sobre el blanco lienzo de nieve que cubria todo lo demas de la tierra. Pocos minutos habrian pasado, cuando me encontraba ya dentro de un patio alumbrado por las estrellas, y en el que se veia un pozo, un basurero, carros, yugos de bueyes, y una escalera de madera de abeto para subir á la habitacion. Pero no se distinguia fuego mirando los cristales, ni se percibia voz ni aliento dentro de la casa; y yo no me atreví á llamar

temiendo que me tomasen por una aventurera ó una ladrona. Tampoco podia permanecer en la calle sin esponerme á morir de frio y de miedo en lo que faltaba de noche. La verdad es que tuve harto atrevimiento; se me ocurrió que debia haber establo, por lo mismo que habia sentido una vaca, y en seguida eché á andar á tientas por la pared de la casa adelante, hasta que encontré una puerta; vi que estaba cerrada del modo que se acostumbra en la montaña, esto es, por una clavija de madera, sujeta con un cordel, la cual se mete en otro pedazo de madera agujereado, lo mismo que un tapon de corcho en el cuello de una botella. Alcé la clavija, empujé la puerta, la volví á cerrar, sin hacer ruido, despues de haber entrado, y me encontré en un establo, en el que conocí por el ruido que habia varios animales, y en donde se estaba tan abrigado como en la sala del señor cura, cuando encendia su estufa para que rezara pacíficamente su breviario.

Las vacas no se movieron; tan solo advertí el sonido de dos ó tres campanillas que tenian colgadas del cuello, y que menearon al levantar la cabeza, para ver quién entraba tan de madrugada en el establo.

CIII.

El abrigo, el calor y el buen olor del establo de las vacas, echadas sobre un tablado de madera bien lavado y bien barrido todos los días, como en la Suiza y en el monte Jura, me reanimaron en pocos momentos, mejor que lo habria hecho un fuego parecido al que tenemos delante, devolviéndome el sentido y el conocimiento. Entonces comencé á andar á tientas, alumbrada solo por la escasa luz que entraba por una ventana, y por los ojos de las vacas espantadas que brillaban como estrellas en aquel fondo oscuro. Seguí luego hasta el interior del establo, en donde se sentía aun mas calor que junto á la puerta, y allí tomé una brazada de heno de un pesebre, y me acosté encima tiritando y empapada en agua de la nieve derretida, junto á una excelente becerria negra que se apartó para hacerme lado y que me calentaba con su aliento, mirando

con temor á la desconocida con quien iba á compartir su cama. La acaricié de palabra y con la mano; habiendo conseguido á los pocos momentos que se familiarizase tanto conmigo y rumiase tan pacíficamente, como si yo fuese la lechera ó la criada del establo. El heno, entre el cual metí mis piés, mis manos y mi cabeza, y la atmósfera templada y el aliento de las vacas, me enjugaron pronto la humedad de la tormenta. Mis miembros entraron en calor al lado de la becerria, como habrian entrado si se les hubiese puesto junto á una buena estufa, sintiendo yo no solo el ardor del hálito de la primera, mas tambien el ruido. Imaginéme estar en un pesebre construido para mí por Dios en lo alto de las montañas, parecido á aquel en donde se refugió la Santísima Virgen, por aquel tiempo en que fué á Belen. Aquel suceso que se me vino entonces á la memoria, me hizo que no tomara como una humillacion esto de tener que mendigar á una bestia la mitad de su cama. Si la elegida por Dios no se avergonzó de ocupar un establo, ¿con qué motivo pudiera yo avergonzarme?

En fin, me quedé dormida tranquilamente al compas de las últimas ráfagas de viento que azotaban las ventanas de la cuadra, y del granizo que se estrellaba contra los cristales.

CIV.

Cuando desperté me sentí tan templada, tan ágil y desembarazada en todos los miembros, como si hubiese dormido toda la noche. Un rayo de luz de la madrugada, apenas perceptible, iba penetrando por entre las rendijas de las ventanas, así como por entre el suelo y la puerta, y á favor de él conocí que me hallaba en un buen establo, cuyas paredes eran tan blancas como el agua de cal, y cuyo techo estaba construido de grandes troncos de abetos sin labrar, por entre los cuales pasaban y colgaban como arañas la yerba y la paja del surtido pajar. Veíanse sobre lucientes estantes clavados en la pared, cucharas de abeto, tan amarillas como el oro, jarras y filas de vasos de barro cocidos y barnizados, hondos

los unos, anchos y con grandes bordes los otros, para que se es- tendiera y reposara la leche en ellos y se pudiera espumar con mas facilidad la nata. Eran nueve las vacas entre chicas y gran- des, á cual mas hermosas y de todos colores, castañas, negras, blancas, listadas, todas gordas con el pelo reluciente y la cola pei- nada. Tenian puestos los collares de cuero con su campanilla, á fin de que el sonido de esta les distrajera en invierno recordándo- les los prados.

CV.

—Pero la admiración con que yo estaba mirando las vacas, los vasos, la paja, el heno y las cucharas, no impedía que me sintie- se devorada por el hambre y por la sed. Y aunque habia nata en un plato grande inmediato á mí, no me atrevía á tocarle con los labios ni aun con la punta de mi dedo, sin pedir permiso á los amos.

—Ya basta—dije para mí—con haber ocupado un sitio al lado de sus vacas y aprovechádome del calor de sus paredes, sin que les quite tambien la nata.

Creo que me habria dejado morir antes que tocarla.

—Cuando se levanten—decia yo—me darán un pedazo de pan y agua de su pozo, antes de enseñarme por dónde se va á al- guna aldea ó á otra alquería.

Pero ocurriéndome de pronto, que no tenia pañoleta al cue- llo, ni cofia en la cabeza, ni zapatos en los piés, y viendo mi ves- tido manchado y destrozado hasta el estremo de parecer con sus girones una escoba de camino, me entró tanta vergüenza y miedo al considerar el juicio que formarían de mí, viéndome en aquel desastroso estado, que me hallaba dispuesta á marchar sin comer ni beber, con tal de que no me viesén.

Ya lo habia resuelto en mi interior y aun me levantaba para huir, cuando oí pasos hácia la escalera interior de la casa, como de dos personas que bajaban la una de prisa, despacio la otra. A poco se abrió la puerta del establo, y entraron hablando dos mujeres. La

una, que aparentaba ser campesina, tendria diez y seis años lo mas; la otra, que parecia ser el ama de aquella, era una mujer hermosa, y representaba de veinte y tres á veinte y cuatro años. Aunque no se dejaba inclinar hácia atras, y andaba todavia con agilidad, se conocia que estaba en cinta; pues el vestido le subia por delante mas arriba del tobillo, como sucede á las que están ya en el noveno mes de su embarazo.

Quando se me aparecieron aquellos dos semblantes en la puer- ta, á la claridad de la luz, en el instante mismo en que me acaba- ba de resolver á huir, no tuve tiempo para mas que para bajar un poco la cabeza y esconderme detras de la becerra negra. Pensaba que seria esta la última que vendrian á ordeñar las mujeres, y que entretanto podria, antes de presentarme á ellas, componerme el pelo y ocultar mis piés desnudos.

—Claudia—dijo el ama con voz clara, dulce y algo cansada, como suele ser la voz de las embarazadas—¿ayer no pusiste la clavija al salir del establo? Porque estaba quitada cuando hemos bajado.

—Sí, la puse, señora—contestó la jóven;—pero el venda- bal de esta noche habrá meneado la puerta y dejado caer la cla- vija.

Imaginaos ahora lo que yo sufriria, viéndome tan á punto de ser descubierta y acusada con razon, de haber forzado la puerta. No respiraba siquiera.

Hubo un momento en que hablaron de varias cosas. Luego la criada empezó á ordeñar en una vasija de madera blanca, mien- tras la hermosa señora, que no podia inclinarse á causa de su es- tado, permanecía apoyada contra una hoja de la puerta, cruza- das las dos manos sobre su delantal, hablando y riendo con la mu- chacha.

La mitad de mi existencia habria dado en aquel momento por hundirme debajo de la tierra. Al pronto se me ocurrió esconderme entre la paja, debajo del pesebre; pero, reflexionando luego que haria ruido y seria descubierta mas pronto, no lo hice.

Sudaba con frio, yo que tanto habia tiritado la víspera. Y sin embargo, todo aquello aun no era nada. Estadme atento, señor, que os voy á contar una cosa peor que cuantas os he dicho, y que acaso no ha sucedido jamas.

Mi curiosidad se aumentó viendo la importancia que aquella mujer daba á lo que ella misma iba á contar.

CVI.

Prosiguió así.

Mientras la criada iba ordeñando la segunda vaca, luego la tercera, despues la cuarta, mas allá la quinta, aproximándose cada vez mas al sitio en que yo me encontraba como un reo, sin nearme, dirigí una ojeada á la jóven embarazada, procurando informarme por su fisonomía de su dureza ó compasion. Precisamente entonces uno de los rayos del sol saliente, que dando sobre la puerta iba á reflejar sobre su cabeza, iluminaba su semblante encantador un poco lánguido. Yo abria cada vez mas los ojos hasta ponerlos tan grandes como los pensamientos dobles de mi tiesto. Y era que, cuanto mas miraba, mas me parecia que ya habia visto en otra parte aquellas hermosas facciones, aquel pelo castaño, aquel cuello largo y flexible, aquella boca risueña, aquellos ojos vivos y tiernos, fuego detras de una gasa húmeda.

— Pero es imposible— me decia; —nunca he estado en este pais hasta esta noche espantosa, en que he sido arrojada á él como una paja por la tempestad.

Y á pesar de todo, mis ojos sabian mas que mi reflexion, y me seguian diciendo:

— Tú la has visto. Repasa bien tu memoria; no es esta la primera vez que has visto esa cara. ¡Vamos, piénsalo bien!

CVII.

— ¡Santos cielos!— exclamé de repente en silencio, cayendo hácia atras como si hubiese recibido un golpe en el pecho, y sin-

tiendo un estremecimiento entre los hombros, como pudiera causarme una gotera que me cayese sobre el cuerpo; ¡santos cielos! mis ojos tenian demasiada razon. ¡Desgraciada! ¿En dónde te ocultarás? Ese es el rostro de la jóven que fué una vez á tu tienda de Voiron á mandarse hacer su traje de boda para casarse con... ¿con Cipriano!

Si, ese mismo vestido que trae puesto es el que yo la he hecho... le conozco aun cuando está algo usado... ¡Misericordia!... ¡A dónde me ha arrojado la cólera del Señor! ¡Oh ángel de mi guarda, cúbreme con tus alas, hazme invisible y no permitas mi miseria y mi humillacion ante la que goza justamente de la riqueza, de la buena opinion y de la felicidad que yo tuve en mi mano, y que dejé escapar cuando hice traicion á Cipriano!...

CVIII.

Estas y otras mil cosas se agolpaban á mi imaginacion, mas de prisa de lo que pudieran espresarlas los lábios. Las ideas se asaltaban y se destruian unas á otras dentro de mi cabeza, y me desvanecia como cuando estaba al borde del precipicio que hay al subir aquí. Un color se me iba y otro se me venia, me mordía los lábios, me daba pinchazos para advertirme que no debía gritar. Me hallaba petrificada como la estatua de sal de mi Biblia, ó mas bien, no sabia cómo me hallaba, sentia palpitar me el corazón, y no lo sentia; estaba muerta pareciendo aun viva.

— ¡Pobre Genoveva! ¡Qué situacion tan horrible!— la dige pasándome la mano por los ojos.

CIX.

— ¡Situacion horrible, señor! Hacedos bien cargo de ella. Vedme á mí, Genoveva, jóven aun, bastante bella segun decian, buena y honrada trabajadora, tenida como una costurera perfecta, y como una comercianta acomodada, que habia recibido en mi casa

de Voiron á aquella jóven, que la habia vendido como á una niña todo cuanto quiso, que la habia desnudado y vestido en mi propio cuarto y puesto sus pendientes y sus collares, y dejado mas hermosa que una reina, para que fuese á casarse con mi mismo desposado, y á hacer que me olvidase agradándole mas.... Ved á aquella jóven que habia reido y puéstose orgullosa, solo por haber entrado en mi tienda, porque yo la habia vestido y adornado, que me habia creído una muchacha rica y acomodada, casi una señora... que se habia casado con el amor de mi juventud, con mi esposo, que vivia contenta y rica y feliz con él en la casa, que era ya de ellos dos, en aquella misma casa donde se habian celebrado mis desposorios, pues ya reconocí las vacas que Cipriano me habia nombrado en el prado...

Y en seguida vedme á mí, convertida en vil mendiga, deshonorada, salida de la cárcel, corriendo por los campos, despues de haber vendido cuanto tenia, sin techo y sin pan, sin ropa y sin calzado, descubierta por aquella misma jóven que era ya su mujer... ¿Y en dónde? En el establo de las vacas de su marido... ¡Oh! era demasiado. Nunca, nunca ha llegado á tal extremo la desgracia humana...

Esto era lo que á mi se me ocurría, y hubiera preferido que Dios con su poder me trasformase en uno de aquellos animales despreciados, que comen en el pesebre, y que labran la tierra bajo el yugo del arado, á esponerme en el sitio y con el traje que tenia á las miradas de la que habia sido mi rival.

CX.

Pero ¡ah! el tiempo corria, y la pared, contra la cual yo estaba apoyada, no se hacia atras. Mientras estuve confusa é indecisa en mis ideas, la muchacha iba pasando poco á poco de una vaca á otra, y se aproximaba á la última. Digo poco á poco; pero no es esto lo que á mi se me figuraba, pues me parecia que iba ligera como el viento, y sin embargo, confiaba en que habria muchas va-

cas todavia entre la última ordeñada y la negra, con lo cual tendria tiempo para pensar y resolver. ¿Quién sabe, me decia á mí misma, si se irá la señora ó se olvidará la criada de ordeñar la vaca negra, ó esta no dará leche? ¡Todos los recursos de imaginacion emplea una en semejantes casos!

CXI.

Pero todas las ramas caen unas despues de otras cuando está seca la leña. En el momento de dirigirse á la última vaca, cuando concluia de ordeñar la octava, la criada me descubrió, dió un chillido, dejó caer en el suelo la jarra llena de leche, que se derramó toda, y echó á correr á donde estaba su señora, diciendo:

— ¡Una jóven mendiga, allí!

Y señalándome con semblante azorado, siguió corriendo hasta el patio para llamar gente. Entonces, aprovechando como por instinto aquel momento en que la muchacha asustada se habia precipitado fuera del establo, salí de mi escondrijo, con la cabeza baja y las manos juntas, y me adelanté con serenidad hácia la jóven, que se habia quedado al lado de la puerta. Dió un grito de ternura y manifestó compadecerse viendo mi desnudez, mi actitud humilde y mis vestidos. Me puse de rodillas ante ella, con el rostro casi á sus piés, creyendo que de este modo no me conoceria.

— Perdonadme, la digo; puesto que si me he atrevido á penetrar en vuestro establo, sin pedir permiso, la causa ha sido la tempestad y el frio, que me han arrojado aquí contra mi voluntad: pero ya me voy; y bien veis que no he tomado nada, nada mas que el calor, añadí enseñándole mis manos y mis bolsillos vacíos.

Dicho esto me levanté, pero siempre con la cabeza baja; y habiendo hecho un movimiento para pasar por entre ella y la puerta, y evitar, huyendo de aquella casa, el ser vista por los demas que la habitaban; aquella mujer que era humanitaria, me dijo con dulzura y oponiéndose á mi salida:

—No, pobre jóven, no os marchareis en ese estado; no se dirá que os hemos dejado salir de esta casa sin haberos hecho probar el pan y calentaros á nuestro fuego. Nos castigaria Dios, permitiendo que se deshiciera nuestra sal y se adelgazaran nuestras vacas. Venid allá arriba y comereis con nosotros.

Mientras hablaba de esta suerte, me miraba atentamente á la cara, la cual no podia yo bajar ni separar de la luz todo lo necesario para impedir que me viese. Así que, dió un grito de repente, diciendo:

—¿Qué es lo que veo?... señorita Genoveva, ¿vos aquí... en ese estado... pidiendo limosna?

Conocí que todo estaba perdido, sin quedarme otra esperanza que su misma compasion para que me dejara marchar; por lo que la contesté bajando la voz:

—Sí, Catalina, yo soy; la costurera de Voiron que os cosió ese vestido con sus manos, y que os puso hermosa para vuestra boda, cuando tambien ella era honrada de todos y rica en su estado. Pero ahora la miseria ha caído sobre mí.

Y cogiendo el bajo de su vestido con mis manos, añadió:

—Por ese vestido de novia que os hice en otro tiempo, en nombre del hijo que llevais en vuestras entrañas, dejadme salir sin beber ni comer; ¡no hagais que me vea Cipriano, vuestro marido, en un estado tal de vergüenza y de miseria!

CXII.

La buena mujer pasó su mano por los ojos, como si mis palabras la hubiesen penetrado en el corazón; pareciendo ser muy compasiva. Mas, de pronto un gran rumor de gentes que bajaban por la escalera de madera se hizo oír, acompañado de la voz de la muchacha que seguía gritando. Cipriano, su anciana madre, el padre y la muchacha, todos á la vez entraron en el establo. En aquel momento me pareció haber sido herida por un rayo; así es que, permanecí de rodillas, con la cabeza inclinada, y teniendo

aun entre las manos el borde del vestido de la mujer de Cipriano. Por desgracia, tambien, un gran rayo de sol estaba dando de lleno sobre mi cabeza; de suerte que parecia que Dios habia querido avergonzarme hasta delante de la luz del cielo.

CXIII.

—Es Genoveva, la tendera y costurera de Voiron, —dijo la jóven á los que iban entrando. —¿Hubierais imaginado nunca ver como la veis á una señorita tan rica y tan estimada? —añadió señalando mi vestido hecho girones, mis hombros descubiertos, mis cabellos llenos de yerba seca, y mis piés desnudos. —¡Mirad lo que somos!

Cuando se oyó decir Genoveva, todos los semblantes tomaron una espresion severa y adusta, nadie pronunció una sola palabra ni hizo movimiento alguno, á no ser Cipriano que volvió repentinamente como si le hubiesen tirado del vestido, y se puso cara á la pared, con las dos manos sobre las mejillas, para no manifestar el dolor que sentia viéndome en aquel estado.

—Sí, esto es lo que somos, —dijo la anciana contestando mucho tiempo despues á la exclamacion de su nuera; —eso somos cuando Dios nos abandona, y cuando despues de haber estado engañando por mucho tiempo al prójimo, se descubre por fin que somos unos hipócritas, y se nos arroja con desprecio como una flor que huele mal, al basurero.

No respondí nada.

—¡Mejor diriais —esclamó el viejo— que una muchacha que era bastante honrada para no querer robar veinte y cuatro cuartos á un pobre, no tuvo escrúpulo en dar de balde su honor á militares, y el nombre y la vida de su hijo! Pues ya lo sabemos todo. La fama tiene pasos de mula para subir á las montañas.

—Y tambien diriais, —replicó la vieja interrumpiéndole, — que ha faltado muy poco para que semejante criatura no haya sido la mujer de nuestro Cipriano, y que la hemos tenido á nuestro lado